

UNA TEJEDORA ITALIANA DE PATERSON (NEW JERSEY): EL ANARCOFEMINISMO DE MARÍA RODA

Susana Sueiro Seoane

LA masiva llegada de obreros inmigrantes europeos a Latinoamérica y los Estados Unidos fue decisiva para la difusión de las ideas anarquistas en aquel continente. Algunos ya eran anarquistas en sus países de origen de Europa y trajeron a América su credo radical y su experiencia de lucha en su tierra natal. Muchos otros se hicieron anarquistas en el país de recepción. En América no encontraron la tierra prometida de la libertad y las oportunidades, donde cualquiera, si se esforzaba, podía prosperar, sino un mundo industrial igual o más duro que el que habían abandonado. Esta desilusión fue caldo de cultivo para que arraigaran las ideologías revolucionarias. Fue la miseria en medio de la abundante riqueza, la experiencia de discriminación y explotación, lo que radicalizó a miles de obreros inmigrantes y los llevó a considerar la revolución como una necesidad, no ya deseable, sino urgente.¹

Muchos de aquellos inmigrantes eran mujeres. En algunas de las industrias más importantes de Estados Unidos, como la textil o la del tabaco, las obreras fueron más numerosas que los obreros.² Sin embargo, pesaban con fuerza sobre las mujeres inmigrantes, sobre todo las latinas, las costumbres y tradiciones y, por lo general, permanecieron en un segundo plano ocupándose del hogar.³ Incluso si sus parejas militaban en movimientos radicales, eran ellos, sus maridos y compañeros, los que tenían el protagonismo.

¹ Véase Paul Avrich, *Anarchist Voices: An Oral History of Anarchism in America*, Princeton University Press, Princeton, 1995. Muchos de los anarquistas entrevistados por Avrich hablan de lo dura que era para ellos la vida en Estados Unidos y de cómo el anarquismo les parecía el amanecer de una vida mejor.

² Gracias a estudios recientes, hemos ido conociendo que, en ciudades industriales como New York, Paterson (New Jersey), Rochester (New York), Chicago, Boston, o Tampa (Florida), fueron muchas las mujeres que participaron en el movimiento obrero, y muy en concreto en el anarquista, junto con los hombres. Véase Jennifer Guglielmo, “Donne Ribelli: Recovering the History of Italian Women’s Radicalism in the United States”, en Phillip Cannistraro y Gerald Meyer (eds.), *The Lost World of Italian-American Radicalism*, Greenwood Publishing Group, Prager, 2003; “Transnational Feminism’s Radical Past: Lessons from Italian Immigrant Women Anarchists in Industrializing America”, *Journal of Women’s History*, 22: 1 (2010), pp. 10-33; *Living the Revolution: Italian Women’s Resistance and Radicalism in New York City, 1880-1945*, The University of North Carolina Press, Chapel Hill, 2010. Véase también a Marcella Bencivenni, “The Voices of Italian Immigrant Radical Women in the United States, 1890-1930”, *International Review of Social History*, 52 (2007), pp. 407-444; *Italian Immigrant Radical Culture: The Idealism of the Sovversivi in the United States, 1890-1940*, New York University Press, Nueva York, 2011; Donna Gabaccia y Franca Iacovetta (eds.), *Women, Gender and Transnational Lives: Italian Workers of the World*, University of Toronto Press, Toronto, 2002 y a Nancy A. Hewitt, *Southern Discomfort: Women’s Activism in Tampa, Florida, 1880s-1920s*, University of Illinois Press, Champaign, 2003.

³ A veces, ni tan siquiera sentándose en el hogar a comer con los hombres, como afirma en sus memorias Elizabeth Gurley Flynn (1890-1964), activista de la IWW (Industrial Workers of the World). Elizabeth Gurley Flynn, *The Rebel Girl: An Autobiography, My First Life (1906-1926)*, International Publishers, Nueva York, 1973. Algo parecido señala Emma Goldman, que pudo comprobar en sus tratos frecuentes durante largos años con el mundo de los inmigrantes latinos, cómo a las mujeres se las consideraba claramente inferiores a los hombres.

Pero la idea de que las mujeres obreras en la época de entresiglos eran seres apolíticos, incapaces de organizarse, al margen de la lucha obrera, siempre en la sombra, si se lleva demasiado lejos, puede resultar en exceso esquemática y simplificadora. Algunas lograron que se oyera su voz. Las mujeres anarquistas no están tan ausentes como suponíamos y es posible seguir su rastro. Encontramos en la prensa anarquista firmas de mujeres, aunque muchas menos que de hombres, y lo mismo sucede con las listas de suscriptores que se publicaban, en las que la proporción era de dos mujeres por cada diez hombres. Es el caso de la tejedora italiana emigrada a Estados Unidos, María Roda.

MILITANTE DESDE NIÑA

María Roda (1877-1958) nació en la ciudad lombarda de Como. Su madre murió cuando ella era pequeña y quedó, junto a sus tres hermanas, al cuidado del padre, un activo tejedor anarquista a quien la policía tenía sometido a estrecha vigilancia. Gracias a sus enseñanzas, a los once años, María comenzó a dar sus primeros mítines como oradora. El padre también le enseñó el trabajo de la seda. Fue tejedora en una fábrica y participó en una huelga en 1888, tras la cual la familia decidió trasladarse a la provincia de Milán, que ofrecía más posibilidades de empleo y mejores salarios.

En la escuela pública elemental de Motta Visconti, un pequeño pueblo próximo a Milán, María tuvo como compañero de pupitre a Sante Caserio, el anarquista que pocos años después asesinaría al presidente de Francia. Ambos tuvieron como maestra a Ada Negri, “la ardiente poetisa de la revuelta”, como la describe Emma Goldman, la cual, tras el atentado, rendiría un emocionante tributo a Caserio al afirmar que era demasiado sensible para soportar la crueldad del mundo.⁴

Alentada por su padre y quizás por su amigo Caserio, María, con solo catorce años, se integró en un grupo de acción. Al año siguiente fue arrestada por cantar canciones sediciosas y alentar a los obreros en huelga a atacar a la policía. Los periódicos la describieron como una joven llena de vibrante energía y de original belleza, con cabellos cortos, negros y rizados, dientes blancos, y ojos oscuros vivos y chispeantes, que quemaban con la mirada. Su palabra era desenvuelta y sus respuestas a los señores del tribunal provocadoras, insolentes, desafiantes, con frases breves pero incisivas. Su combativa actitud en el juicio no la ayudó. La condena fue dura: tres meses de cárcel y el pago de cincuenta liras de multa.⁵

El periodista francés Zo d’Axa, que había huido a Italia, asistió al juicio y se asombró de la fiereza deslumbrante de María Roda:

Era una niña de la misma edad que otras que acababan de dejar sus juegos de muñecas, dotada de un extraño encanto, un aire pícaro y una mirada rebelde. Al ser interrogada, sus gestos seguros acentuaban sus frases breves cargadas de sentido. Le decía al juez: “¿Cómo puede Ud. hablar de anarquía si ni siquiera sabe lo que es? ¿Acaso la ha estudiado Ud. en profundidad?”. Y el juez le respondía: “Así que ¿existe?”. “¿Me podría Ud. aleccionar sobre ella?”. La rebelión de María era instintiva. No permitió que el desfile de testigos de cargo continuase su ininterrumpida marcha. Cada respuesta suya obligaba a parar aquel desfile. Desgranó una cadena de insultos hacia los bochornosos soplones que la habían denunciado. Tenía una respuesta para cada uno de ellos. La mejor se la dio a un agente de policía que recitaba contra ella la lección aprendida. “La señorita Roda –de-

⁴ Emma Goldman, *Anarchism and Other Essays*, Dover Books, Nueva York, 1969.

⁵ Tom Marabbo y Alessia Bruni Cavallazzi, “Attorno a una vita: Maria Balzarini Roda”, *Malamente*, 18 (2020), pp. 99-110. Disponible en https://rivista.edizionimalamente.it/archivio/Malamente-18_14-Marabbo-e-Alessia-Bruni-Cavallazzi-Attorno-a-una-vita-Maria-Balzarini-Roda.pdf, consultado el 14 de octubre de 2022.

cía– animó a los manifestantes a lanzarse contra la policía, se comportó como si estuviera poseída, gritaba a todo el mundo, ¡incluso insultó al brigadier!”. “¿Qué tiene que decir a esto?”, exhortó a María el presidente de la Sala. Y ella respondió: “Siento pena por este guardia. Compadezco a este pobre diablo porque apenas gana dinero para comer. Pero me impresiona ver cómo arremete contra otros pobres diablos, sus hermanos..., déjenle que piense sobre ello”. Y con un gesto de gallardía hacia el miserable que acababa de acusarla, quizás pudo infundir un rayo de luz en aquella alma oscura. Un momento antes de que el Tribunal se retirara a deliberar, el hombre de rojo le dijo a María: “¿Tiene algo más que añadir?”. “Nada puesto que sería inútil”, dijo ella, y esa fue su última frase, como un flagelo.⁶

Muchos años después, María rememoraba cómo era la vida militante anarquista en Milán a comienzos de la década de 1890 cuando el movimiento revolucionario en Italia estaba en su apogeo; todos los días había conferencias, mítines, debates, controversias... Un día de octubre de 1892, al salir de un mitin donde había habido una acalorada discusión entre anarquistas de diferentes tendencias y socialistas, intervino la policía, disolvió el mitin a garrotazos y detuvo a trece que le parecieron los principales agitadores, entre ellos a tres mujeres, incluida María.

La estancia en la cárcel de Milán reafirmó a Roda en la importancia de las campañas pro-presos. Los revolucionarios que estaban privados de libertad, al ver que los compañeros que estaban fuera se acordaban de ellos, se sentían animados y hallaban fuerzas para soportarlo todo, no sólo por el hecho de recibir alivios materiales –como pan o alguna prenda de necesidad– sino por saber que los que andaban libres eran activos en pro de su libertad. Cuando se necesitaban abogados defensores, se acudía a compañeros que gratuitamente prestaban sus servicios y toda esta solidaridad era un bálsamo que hacía soportar mejor el duro régimen carcelario:

Pasé cuatro meses en la Celular (hablo de mí por ser la experiencia que conozco más de cerca). Otras dos compañeras también estaban presas, una era Teresa. Cada domingo, un compañero nos depositaba lo que nos correspondía de la colecta pro-presos, lo que nos daba la satisfacción de tener más alimentos y alguna indumentaria. Cuando no nos traían nada, estábamos seguros de que no era por descuido ni olvido, sino porque lo recaudado había servido a otros compañeros presos. Nuestra mayor alegría era cuando alguien nos venía a ver y también al recibir cartas o libros. El encarcelado es como el que está en un hospital: necesita aliento, simpatía, cariño.

Algunas noches, en el silencio profundo de la Celular, llegaba el sonido de canciones revolucionarias que, a lo lejos y tras las murallas, cantaban algunos compañeros con el propósito de que, al escucharlas nosotros, nos sirvieran como un cariñoso saludo. Esto invadía nuestro ser de un ardiente entusiasmo por nuestro ideal. [...] Teníamos una hora al día de aire libre, vale decir: en un patio había un redondel en forma de naranja y cada uno estaba encerrado en una parte de él. Llamé a Teresa: “¿sabes? –le dije– mañana me sueltan”. Oí la voz emocionada de nuestra compañera que decía: “Ya lo sé; ¡adiós!, no olvidéis a nuestros presos”. Esta era la misión de los que salían. La pobre contrajo en la cárcel la terrible enfermedad de la tisis y murió poco tiempo después de su salida.⁷

⁶ Zo d'Axa, “Little Girls”, disponible: <https://www.marxists.org/reference/archive/zo-daxa/1895/little-girls.htm>, consultado el 30 de abril de 2022. En la web se dice que este artículo se publicó en 1895, pero es imposible, tuvo que ser en 1892, dato que corrobora la propia María Roda, que se refiere a ese suceso en octubre de 1892.

⁷ María R. Esteve, “Un recuerdo”, *Cultura Proletaria*, 1 de mayo de 1928, p. 2.



EMIGRANTE TRASATLÁNTICA

Al ser puesta en libertad, María abandonó Milán. Se trasladó en 1893 a Francia, a Lyon, donde estaba su amigo Sante Caserio. Allí fue arrestada por sedición, junto a Caserio y otros miembros de un grupo anarquista. Para evitar el acoso policial, el 3 de marzo de 1893 embarcó en Génova con destino a Nueva York en compañía de su padre y una hermana menor. Los Roda se establecieron en la localidad de Paterson, New Jersey, donde una parte de su familia residía ya. La casa familiar volvió a convertirse en lugar de encuentro y refugio de los anarquistas de Como y de otros lugares de Italia. La policía norteamericana les tuvo vigilados, igual que antes la italiana.

Los Roda formaron parte desde el principio del grupo anarquista *Diritto all'Esistenza*, uno de los más activos de Estados Unidos, compuesto en su mayoría por tejedores procedentes de la industria textil del norte de Italia con una economía muy ajustada. El principal logro del grupo fue el periódico *La Questione Sociale*, uno de los más importantes órganos de propaganda del anarquismo de la época,⁸ con unos 1.000 suscriptores. Desde que puso el pie en Estados Unidos, María habló ante grandes asambleas de obreros, demostrando habilidad para agitar a las masas. Recién llegada, disertó, junto a otros compañeros, el 15 de abril de 1893, en el *Círculo de Estudios Sociales* de Paterson sobre “las condiciones del obrero en el exterior”. El 15 de julio de 1893 su nombre aparecía entre los suscriptores de uno de los primeros periódicos anarquistas italianos de Estados Unidos, *Il Grido degli Oppressi*, de Nueva York. El 30 de diciembre publicó en él un largo artículo titulado “¿Qué quieren los anarquistas?” resumiendo su credo político.⁹

En Paterson, María supo que su amigo Sante, de veintidós años, había asesinado al presidente francés. En aquel periodo fueron mayoritarios los anarquistas que, como Roda y Caserio, defendieron la violencia y la “propaganda por el hecho” como eficaz forma de llamar la atención del mundo sobre la causa anarquista y socavar a la sociedad burguesa. Caserio fue juzgado en el palacio de justicia de París. Contestó a las preguntas con gran serenidad. No negó su acto, ni pidió piedad a los jueces. Afirmó que había obrado por su cuenta, sin poner en conocimiento de nadie su plan. Mientras esperaba en su celda, se le envió al cura de Motta Visconti para que se confesase, pero no quiso escucharlo. El 16 de agosto a las cinco de la madrugada, frente a la guillotina, segundos antes de morir, pálido pero con gran entereza y energía, gritó: *Coraggio, compagnie, viva l'Anarchia!*

El abogado anarquista Pietro Gori había ayudado a Caserio a cruzar la frontera de Italia para llegar a Lugano, en Suiza, entonces asilo de los refugiados políticos. María Roda recordaba que, además de defender en los tribunales a los anarquistas, Gori les facilitaba el cruce de la frontera por las montañas. A Caserio le dedicó una famosa balada y unos apuntes biográficos en los que afirmó que era una persona generosa, que al ser perseguido y negársele el trabajo, sin dinero y hambriento, atacó a quien le pareció que era el responsable gubernamental de su situación.¹⁰

LA FASCINACIÓN DE EMMA GOLDMAN

Aquel mismo año de 1894, pocos meses después de su llegada a Paterson, con solo dieciséis años, María Roda conoció y se unió sentimentalmente al tipógrafo catalán Pedro

⁸ Max Nettlau, *Errico Malatesta. La vida de un anarquista*, La Protesta, Buenos Aires, 1923; *A Short History of Anarchism*, Freedom Press, Londres, 1996.

⁹ María Roda, “Che cosa vogliono gli anarchici”, *Il Grido degli Oppressi*, 30 diciembre 1893, p. 2, citado por Marcella Bencivenni, *Italian Immigrant Radical Culture*.

¹⁰ Pietro Gori, *Santo Caserio. Appunti storici*, Librería Sociológica, Buenos Aires, 1896.

Esteve,¹¹ que se sintió muy cómodo entre los anarquistas italianos e hizo de enlace con los de habla española. Ayudado por su compañera –y por su amigo Malatesta– Esteve se convirtió en uno de los principales componentes del grupo *Diritto all'Esistenza*, desarrollando una actividad propagandística y cultural muy amplia. María Roda, a pesar de su juventud, intervino en mitines multitudinarios, como uno en Paterson la noche del 15 de agosto de 1894, ante unas doscientas personas, en el que enfatizó que las mujeres tenían aún más razones para protestar que los hombres.¹² Más significativo es que tomara la palabra en un acto convocado en Manhattan el 19 de agosto de 1894 en el *Thalia Theater* para dar la bienvenida a la anarquista más conocida de Estados Unidos, Emma Goldman, tras su salida de la cárcel, donde había estado recluida diez meses “por usar un lenguaje incendiario e incitar al disturbio y el derramamiento de sangre”. El teatro estaba atestado de obreros de diversas nacionalidades –italianos, judíos rusos, húngaros, franceses, cubanos y españoles– que se entusiasmaron cuando María apareció en el escenario. Con un pañuelo rojo en la mano, lanzó un fiero discurso. La prensa burguesa daba cuenta minuciosamente del acto, y bajo el título “El discurso italiano”, se refería así al mitin de María Roda:

La multitud pensó que era ya el turno de Goldman, pero no. En vez de ella, la presidenta presentó con su voz de soprano a Maria Rhoda (sic), una mujer de cabellos y ojos negros, tez morena, vestida de negro, de edad incierta pero dotada de una nada incierta facilidad de palabra. Era una mujer pequeña y hablaba en italiano. Y esta pequeña mujer se fue exaltando con una pasión tremenda, moviendo agitadamente sus brazos y secándose el sudor de su rostro con un pañuelo rojo. “¡Todos los que nos están machacando sufrirán la venganza!”, gritó. “¡No malgastéis palabras, sino ¡atacad, atacad! Todas las autoridades están corrompidas, desde el más sucio de los policías hasta los canallas a los que llamamos presidentes”. Cuando finalizó, pudo verse que sus esfuerzos le habían desbaratado el cabello por detrás y le habían desatado el lazo de cinta roja que llevaba alrededor del cuello. Bebió un vaso de agua y se refrescó mientras pisaba con fuerza el suelo.¹³

Aunque Emma Goldman no hablaba italiano y no entendió lo que María Roda dijo, quedó impresionada de su fuerza y belleza, y pudo comprobar el tremendo efecto que causaba su presencia, indudablemente carismática, en un público entusiasmado:

El sonido de una bonita voz llegó hasta el vestidor. Su discurso me resultó desconocido. ¿Quién está hablando ahora?, pregunté. ‘Es Maria Rodda (sic), una muchacha anarquista italiana’, respondió Ed, ‘Sólo tiene dieciséis años y acaba de llegar a América’. La voz la electrificó, estaba ansiosa por ver quién era su dueña. Se situó ante la puerta que daba acceso a la tribuna del orador. María Roda era la criatura más exquisita que había visto jamás. Era delgada, de estatura mediana y su bien formada cabeza, cubierta con negros rizos, reposaba como un lirio en el valle en su esbelto cuello. Su tez era pálida, sus labios de un rojo coral. Especialmente llamativos eran sus ojos: grandes carbones negros encendidos con una luz interior.¹⁴

Pedro Esteve fue otro de los oradores de aquel mitin,¹⁵ tras el cual los camaradas más cercanos se trasladaron al *Liberty Hall*, el salón del amigo alemán Justus Schwab en el *Lower East Side*, que tenía una biblioteca de unos seiscientos volúmenes que Goldman

¹¹ Véase cómo lo cuenta María Roda en *Cultura Obrera*, 11 de septiembre de 1926.

¹² *Buffalo Courier*, 16 de agosto de 1894, p. 1. También, *The New York Times*, 16 de agosto de 1894, p. 1.

¹³ “Hailed Emma Goldman. Anarchists filed the Thalia Theatre to celebrate her release from jail”, *The New York World*, 20 de agosto de 1894.

¹⁴ Emma Goldman, *Living my Life*, Garden City Publishing, Nueva York, 1931, p. 150. También, Candace Serena Falk (ed.), *Emma Goldman. A Documentary History of The American Years*, vol. 1, University of California Press, Berkeley, 2003, p. 206.

¹⁵ Como la mayoría de las veces, los periódicos burgueses norteamericanos no escribían bien su nombre: “El anarquista Estive (sic) habló en español”, *The New York World*, 20 de agosto de 1894.

leyó en su juventud con fruición. Pedro Esteve hizo de intérprete entre María Roda y Emma Goldman, que deseaba saberlo todo sobre María. Esta le preguntó si quería ser su maestra. Goldman la estrechó con fuerza contra su pecho, “como para espantar los crueles zarpazos que sabía que la vida le daría. Claro que sería su maestra, y sería también su amiga y su camarada”.¹⁶ Dos días más tarde, de nuevo habló María Roda en el *Phoenix Park Hall* de Newark (N. J.), en otro acto de bienvenida a Emma Goldman.¹⁷

Goldman quiso compartir con *Ed* –Edward Brady, su amante de entonces–¹⁸ su entusiasmo hacia María Roda. Para su sorpresa, él le dijo que admitía que era encantadora, pero que estaba seguro de que su belleza duraría poco, y menos aún su entusiasmo por los ideales. Las mujeres latinas, insistió *Ed*, maduraban jóvenes, envejecían ya con su primer hijo en cuerpo y en espíritu. Goldman le respondió que, en ese caso, María debía evitar tener hijos si quería dedicarse en cuerpo y alma al movimiento anarquista.¹⁹ Esa era la decisión inquebrantable de ella misma, la de no ser madre. Padecía la enfermedad de útero invertido. Consultó a un especialista que le dijo que solo si se sometía a una operación podría tener hijos. Decidió no hacerlo. Vio demasiados niños no queridos y lastimados por la pobreza. Su propia experiencia infantil había sido desgraciada. Ningún hijo suyo se sumaría a esas desafortunadas víctimas.²⁰ No obstante, la razón más importante para su renuncia a tener hijos fue su total entrega al “bello ideal” que requería un compromiso y dedicación absolutos. Para cumplir su misión debía permanecer libre y sin ataduras.

Emma se sintió decepcionada cuando *Ed* le dijo en el curso de una discusión que ninguna mujer debía renunciar a tener hijos, que la naturaleza la había formado para la maternidad y que no ser madre era algo artificial.²¹ Tanto él, como los sucesivos e intermitentes amantes de Goldman, acabaron apartándose de su lado para emparejarse con otras mujeres y tener hijos con ellas y una vida afectiva estable.

Goldman discutió mucho también con el conocido anarquista austriaco Max Nettlau, al que llamó “antediluviano” por defender la idea de que la mujer deseaba naturalmente tener hijos y se realizaba criando a una gran familia. Nettlau la criticó por negarse a tener hijos, y ella se defendió replicándole que él, como el resto del sexo masculino, sabía muy poco sobre las mujeres. Era muy fácil para un hombre alegrarse por el nacimiento de un hijo cuando era la mujer la que pagaba el precio.²² Las mujeres conscientes debían negarse a ser incubadoras destinadas a parir un hijo tras otro sin nada que ofrecerles. La Iglesia, especialmente la católica, había hecho todo lo posible para imprimirlas la idea de que debían vivir de acuerdo con el dictado de Dios de multiplicarse. Pero no. Ellas tenían derecho a decidir cuándo quedarse embarazadas y cuántos hijos tener, si es que querían tener alguno, y era fundamental, por tanto, que pudieran tener acceso a las técnicas de limitación ‘artificial’ de nacimientos.²³ Goldman se convirtió en una defensora a ultranza de los métodos de control de la natalidad.

¹⁶ Emma Goldman, *Living my Life*, p. 150.

¹⁷ “Emma Goldman speaks guardedly”, *The New York Times*, 22 de agosto de 1894.

¹⁸ Su convivencia duró seis años, desde los veinticuatro hasta los treinta años de Goldman.

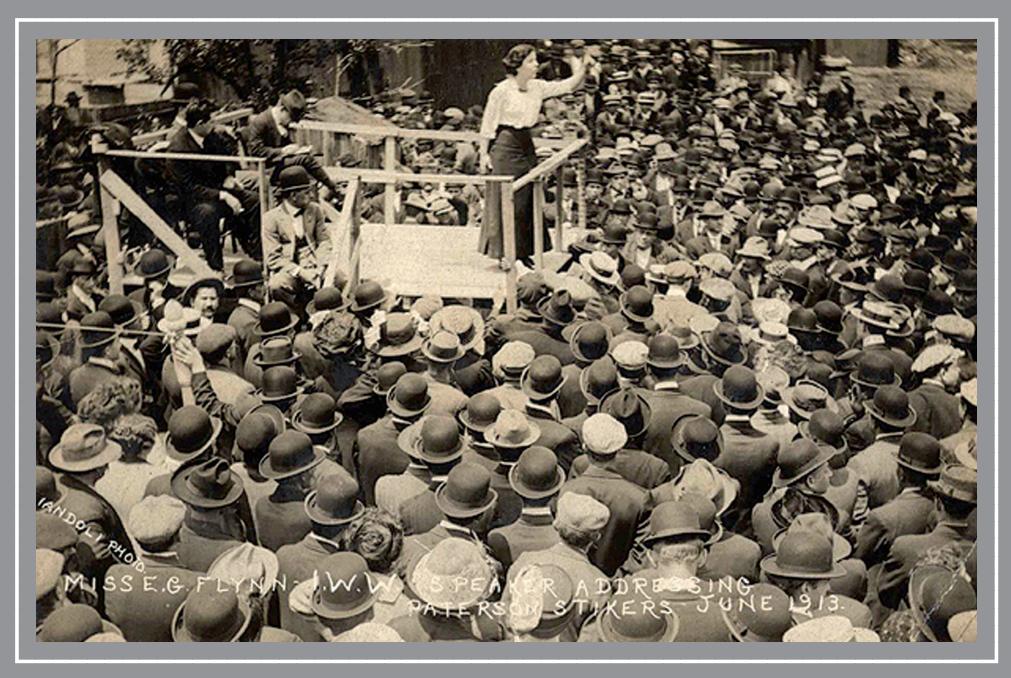
¹⁹ Emma Goldman, *Living my Life*, p. 150.

²⁰ *Ibidem*, p. 88.

²¹ *Ibidem*, pp. 181, 226.

²² Emma Goldman a Max Nettlau, Montreal, 27 de diciembre de 1934. Max Nettlau Papers: roll 963. International Institute of Social History (en adelante IISH).

²³ Emma Goldman a Max Nettlau, Montreal, 8 de febrero de 1935. Max Nettlau Papers. IISH.



LA LUCHA POR LA EMANCIPACIÓN FEMENINA

Durante su juventud, María Roda también encabezó una lucha por la emancipación femenina, pero desde unos presupuestos distintos, ya que creía que la mujer no podría considerarse completa sin desarrollar su faceta maternal. Siempre que pudo hizo una loa a la maternidad.²⁴

Fisiológicamente todas las mujeres son madres. Lo son por naturaleza, por instinto, por amor y por necesidad. Las que la naturaleza les niega ese don, son una anormalidad física. Hoy muchas mujeres se niegan a ser madres, mas esto se debe solo a un factor de índole económica; difícilmente es de origen moral. La mujer siente la necesidad de la maternidad tan profundamente que el querer negarla sería un absurdo.²⁵

A las mujeres como madres les mandaba un mensaje sobre su deber de educar a sus hijos en las ideas anarquistas.²⁶

En 1895 María Roda residía con Pedro Esteve y la primera hija de ambos, Violeta, cerca del puente de Brooklyn, donde Esteve trasladó la sede del más querido de sus periódicos, *El Despertar*. El primer artículo de María Roda en la prensa anarquista en español, firmado solo como María, lo publicó en *El Despertar* y estaba dirigido a sus compañeras de sexo.²⁷ A pesar de afincarse en Brooklyn, ni Roda ni Esteve perdieron el contacto con la

²⁴ Por ejemplo, “Alle madri”, *La Questione Sociale*, 30 de junio de 1897.

²⁵ María Roda Esteve, “La madre”, *Cultura Obrera*, 4 de diciembre de 1926, p. 2.

²⁶ *La Questione Sociale*, 7 de octubre de 1901, pp. 2-3.

²⁷ María Roda, “A las mujeres”, *El Despertar*, 10 de junio de 1895, p. 4. Había tenido dos sueños, uno horrible que representaba la sociedad presente, y otro maravilloso que era la sociedad anarquista del porvenir. Era el

vecina Paterson. María, junto a un puñado de mujeres italianas, decidió hacerse notar llevando a cabo una intensa propaganda a favor de la emancipación femenina. Las mujeres debían participar en la lucha anarquista, pero al mismo tiempo debían luchar para emanciparse ellas mismas de la tiranía y los prejuicios de algunos compañeros, y de todos aquellos que estúpidamente las trataban como a esclavas:

¿Quién conoce la miseria mejor que la mujer? Es lógico, porque sentimos y sufrimos, que nosotras también queremos implicarnos en la lucha contra esta sociedad, porque sentimos desde que nacemos la necesidad de ser libres, de ser iguales.

Hagamos saber a nuestros hombres que anulan nuestra voluntad, que no nos permiten pensar y actuar libremente, que nos consideran inferiores a ellos, que nos imponen su autoridad como padres, como hermanos, como maridos y que, creyéndose más fuertes que nosotras, nos pisotean, nos oprimen, e incluso a veces nos pegan, hagámosles saber a nuestros hombres: nosotras también queremos libertad e igualdad.²⁸

Haciendo un repaso de la prensa anarquista de la época, el sexismista salta a la vista. Los discursos se contagian de un lenguaje que enfatizaba la masculinidad, utilizando expresiones sexuales y de virilidad –sinónimo de rebeldía, fuerza, dignidad, vitalidad, energía y decisión– para animar a los camaradas a la lucha. Eran periódicos redactados sobre todo por hombres y, aunque animaban a las mujeres obreras a organizarse sindicalmente, era habitual la referencia a ellas como “damiselas”, o como “el bello sexo”. En las crónicas de las fiestas en los Círculos de Instrucción y Recreo, de ellas se destacaba su belleza, sus atuendos y su inocencia e ingenuidad: “obreras radiantes de hermosura y de virtud llenaban el amplio salón”, “más de cincuenta señoritas luciendo colores rosado y azul y, más que todo eso, luciendo su hermosa juventud y la candidez original que se entusiasma por todo lo noble y grande”, se podía leer en una de aquellas crónicas. Ellas eran las encargadas de repartir “la espumosa beer y los exquisitos dulces”.

En el pensamiento anarquista, ni siquiera había un consenso a nivel teórico sobre el principio de igualdad entre los sexos. Hubo pensadores que mostraron una clara misoginia al desconfiar explícitamente de la capacidad de la mujer para la lucha considerando que, dada su poca preparación cultural, su propensión a dejarse influir por la iglesia y su tendencia a la resignación, tenía poco potencial revolucionario. Bastantes anarquistas pensaban que el papel de la mujer en la lucha social debía ser subalterno, de apoyo al varón, como madre, compañera o hermana; su misión sería básicamente servir de estímulo del hombre revolucionario, cuidar de los hijos y del compañero en el hogar, consolarle cuando estuviera preso. Los hombres “de ideas avanzadas” –como los anarquistas se denominaban a sí mismos– lo eran mucho menos en cuestiones de emancipación de la mujer. Los prejuicios ancestrales y los viejos esquemas de la sociedad patriarcal estaban muy arraigados.

En 1897 Roda anunció en *La Questione Sociale* que ella, junto a otras mujeres de Paterson, hartas de su invisibilidad y marginación dentro del movimiento, habían constituido un grupo anarquista femenino llamado *Emancipazione della Donna*. Los hombres decían de ellas que eran frívolas, débiles e incapaces de entender el ideal del anarquismo y llevar a cabo la lucha contra la intolerable sociedad. Sin embargo –denunciaba María– los hombres eran la causa de su debilidad y de sus intelectos sin desarrollar. Pasaban sus vidas en el trabajo, el café o la taberna, ignorando a las mujeres y sin preocuparse por su educación. Nunca les ofrecían un periódico ni las invitaban a asistir a las conferencias para que se interesaran por la cuestión social. La solución era que ellas mismas se educaran y organizaran sus propios grupos autónomos.

típico texto, muy común en el anarquismo, de radical contraposición sin matices entre lo malo (la tiranía del amo, la hipocresía de la religión...) y lo bueno (el derecho a la justicia y a vivir en plena Anarquía).

²⁸ María Roda, “Alle operaie”, *La Questione Sociale*, 15 septiembre 1897, p. 4.

Como ha estudiado Jennifer Guglielmo,²⁹ diversas mujeres escribieron en *La Questione Sociale* de Paterson utilizando con frecuencia seudónimos, tanto para evitar perder el trabajo, como para permitirse mayor grado de libertad amparadas por el anonimato, animando a las obreras a aplicar las teorías revolucionarias a las relaciones íntimas. El grupo *Emancipazione della Donna* creó un *Club Femminile di Musica e di canto*, y un *Teatro Sociale* que representaba obras sobre la emancipación femenina.

En 1902, sus fundadoras comentaban con tristeza que, tras años de propaganda, aún no podían contar con muchos de los hombres del movimiento. Algunos habían sabido apreciar las intenciones que abrigaban y les habían dado aliento, pero otros se habían mostrado reticentes a defenderlas, y aún había quienes las denostaban airadamente viendo solo orgullo en sus esfuerzos, errores en sus acciones, y las miraban con malicia y una arrogancia sin fin, dedicándoles burlas y bromas y afirmando que las mujeres debían obedecer y permanecer calladas.³⁰

Roda se unió a un compañero que la apoyó, compartiendo con ella una gran camaradería. Puso a su disposición la imprenta, los periódicos y las relaciones de su red transnacional de contactos. La época en que Esteve dirigió *La Questione Sociale* de Paterson fue en la que hubo más páginas en el periódico escritas por mujeres, y por María Roda en particular. El propio Esteve, reconociendo que la mujer estaba más oprimida que el hombre, impartió conferencias sobre feminismo y sobre el papel de la mujer y de los hijos en la futura sociedad anarquista. Unos años después, en el periódico de Esteve *Cultura Obrera* de Nueva York, María publicaba su columna “Firmas femeninas”, y él siguió haciendo una reivindicación feminista, si bien con un evidente tono paternalista:

Verdaderamente, las tenemos demasiado abandonadas a nuestras mujeres [...] El hombre se ha hecho amo y señor de la mujer y no se aviene por mucho que la ame, quizás por amarla demasiado, en concederle los derechos por los cuales él ha luchado y lucha, en convertirla en su igual ante sí, ante sus hijos, ante la sociedad. Quiere siempre ser el amo; teme concederle la libertad. Más que compañera, la quiere sierva. Prefiere esclavizarse él que libertarla a ella. [...] El día que nos unimos con ellas, legal o libremente, nos consideramos sus dueños, las aherrojamos en casa y nos esforzamos por convertir en sierva a la que debiera ser la compañera en toda la extensión de la palabra y nos preocupa solamente el que nos dé a tiempo la ropa limpia y remendada para cambiarnos, que nos haga encontrar la comida en la mesa al llegar a casa y tenga bien a nuestros hijos... Y después nos vamos tranquilos, satisfechos, al grupo o al sindicato, al meeting o a la conferencia a oír hablar, o a hablar nosotros mismos, de algún tema emancipador, a quejarnos del desprecio que para nosotros tienen los dueños y los gobernantes, todos los pretendidos superiores, de las infamias que contra nosotros cometan..., olvidando que nosotros tratamos y obramos con nuestras mujeres como amos, como gobernantes, como superiores, explotándolas, dominándolas, manteniéndolas en la ignorancia, haciéndolas así doblemente esclavas: esclavas de la sociedad y esclavas del marido. [...]

Ya es hora de acabar con este abandono. No solo a las fiestas sino sobre todo a las conferencias debemos traer a nuestras mujeres. Tenemos que dejar de ser los amos en casa para ser verdaderos compañeros. Es tiempo de educar, de instruir, de enseñarles cuánto nosotros hemos aprendido [...] Es tiempo de hacerlas conscientes de sus derechos, de todos sus derechos, incluso el de rebelarse contra nuestra tiranía y que no deben permitir que se les reduzca al estado de simples criadas.³¹

La camaradería y colaboración de Esteve y Roda dio sus frutos. El *Gruppo Emancipazione della Donna* comenzó en 1902 la edición en la Biblioteca de *El Despertar* de una

²⁹ Jennifer Guglielmo, *Living the Revolution*.

³⁰ María Roda, “Aiutiamoci a vicenda!”, *La Questione Sociale*, 20 de septiembre de 1902, p. 3. Otros artículos de María Roda en *La Questione Sociale*: “Alle madri”, 7 de septiembre de 1901; “I gruppi femminili di propaganda”, 23 de noviembre de 1901.

³¹ Lirio Rojo, “Nuestras Mujeres”, *Cultura Obrera*, 23 de diciembre de 1922, p. 2.

serie de folletos relativos a la condición femenina, sus aspiraciones y su papel en la futura sociedad libertaria.³² Dicha publicación fue posible gracias a la intensa relación transnacional del anarquismo y a los contactos de Esteve con España y Argentina, ya que estos mismos folletos se habían publicado entre 1895 y 1902 en la biblioteca de *La Questione Sociale* de Buenos Aires.³³

LIMITACIONES DEL FEMINISMO ANARQUISTA EN UNA SOCIEDAD PATRIARCAL

María y sus correligionarias no cuestionaron el reparto tradicional de roles y la idea de que los hijos eran fundamentalmente de la madre y de ella la responsabilidad de su cuidado y educación, mientras los varones se encargaban de desempeñar su rol, igualmente tradicional, de sustentador económico de la familia. Consideraban que el sitio natural de las mujeres era el hogar en su doble misión de esposas y madres y que solo en virtud de un régimen social infame se veían obligadas a acudir al taller a desempeñar rudas faenas. El propio Pedro Esteve tenía una concepción de la mujer-madre con un papel reproductor esencial en el seno de la familia:

La mujer dedícase actualmente a multitud de labores impropias de su sexo. No se lo reprebo si en ello encuentra gusto; lo que me duele es que tenga que sujetarse a cuanto le disgusta o repugna. Devorada en la fábrica, la mina, la oficina, se deforma, se afea, se insensibiliza. Atrofia sus cualidades femeninas. [...] En estado normal, yo creo que la mujer se sentiría atraída a los cuidados maternales, que anhelaría instruirse para instruir a sus hijos [...] Madres libres de toda tutela capaces de concebir, de amar, de educar a seres normales, bellos, robustos, inteligentes. Se solidarizarán con los hombres en los que encontrarán, no a un tirano ni a un rival, como hoy, sino a un compañero amoroso, apasionado, fuerte, que las extasiará con los más sublimes goces de Natura. Gustarán ser mujeres, no marimachos.

El macho –solo por ser macho– y la hembra –solo por ser hembra– tienen en todo el reino animal peculiaridades distintas bien marcadas, tanto morales como materiales. Siendo distintos el organismo de la mujer y el del hombre, diferentes naturalmente son sus vocaciones y diversas sus manifestaciones. Pero tales diversidades no deben jamás determinar menoscabo alguno en los derechos de cada uno.³⁴

La mayoría de las mujeres anarquistas de Paterson, aún las más combativas, tuvieron muchos hijos. María Roda no cumplió el consejo de Goldman de renunciar a la maternidad para dedicarse por completo al Ideal. María y Pedro tuvieron diez hijos, aunque solo ocho sobrevivieron a la infancia.³⁵ Ella se dedicó al cuidado de los hijos una vez que em-

³² Entre ellos, *Alle figlie del popolo y Alle fanciulle che studiano*, de Anna Maria Mozzoni, famosa libre-pensadora considerada una de las pioneras del movimiento feminista en Italia. *La Questione Sociale* también publicó en su número de 26 de abril de 1902 una reseña firmada por el *Gruppo Emancipazione della Donna* titulada “Alle figlie del popolo di Anna Maria Mozzoni”. Editó y distribuyó también el folleto de Soledad Gustavo *A las proletarias*, que hacía un llamamiento a las mujeres obreras para luchar por su libertad, tanto en el hogar como en la tribuna, en la teoría como en la práctica, en la calle como en la alcoba. Véase, Laura Fernández Cordero, *Amor y anarquismo. Experiencias pioneras que pensaron y ejercieron la libertad sexual*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2017, p. 65.

³³ Con una tirada de entre dos mil a tres mil ejemplares, se repartían gratis y eran costeados por suscripción voluntaria. El título general de la serie era *Propaganda anarquista entre las mujeres*. Los folletos podían conseguirse en la *Librería Sociológica*, cuyo dueño era Serantoni, el director de *La Questione Sociale*. Véase, Martín Albornoz Crespo y Christian Ferrer (eds.), *Folletos anarquistas en Buenos Aires. Publicaciones de los grupos La Questione Sociale y La Expropriación, 1895-1896*, Biblioteca Nacional, Buenos Aires, 2016.

³⁴ Lirio Rojo, “Las sufragistas”, *Cultura Obrera*, 16 de mayo de 1913, p. 1.

³⁵ Durante su período vital de máxima fertilidad, prácticamente dio a luz a un hijo por año. En agosto de 1895 nació la primera hija de la pareja, Violeta. En noviembre de 1896, alumbró al segundo hijo, Pedro. Al año

pezaron a llegar. Abandonó el trabajo de tejedora y llevó una vida centrada en ser esposa y madre. No desafió el discurso de la domesticidad femenina. Dejó de ser independiente económicamente, con lo que ello significaba de asunción de un papel subordinado. En muchas familias de anarquistas no se planteó una redistribución del trabajo doméstico. Las mujeres solían considerar normal hacerse cargo de las tareas de la casa, cocinar y cuidar de los hijos, labores supuestamente consustanciales a su naturaleza. Rara vez se aceptó que el hombre tuviera que contribuir al trabajo en el hogar. Algunos pensaban que, en la sociedad futura tras la revolución, esto no sería problema porque habría una colectivización de servicios, por ejemplo, comedores colectivos o guarderías comunales, pero mientras tanto no se cuestionaron la idea socialmente imperante de que el trabajo doméstico era incompatible con la dignidad masculina y que solo incumbía a la mujer.

En contraste con Emma Goldman, María Roda y sus compañeras no se preocuparon por la liberación sexual. Como anarquistas, abominaban el matrimonio como institución nefasta de la sociedad burguesa, que en la futura sociedad libertaria no existiría. Abogaban por el “amor libre”, un concepto que se entendía como la unión consciente y libremente elegida entre un hombre y una mujer, sin intervención alguna del Estado o la Iglesia, y con la garantía de separación si el amor cesaba.³⁶ Roda escribió que la expresión de “amor libre” espantaba a muchas personas que le atribuían un sinfín de ruindades y bajezas y, sin embargo, era una cosa “sumamente ideal”: era el mágico lazo de atracción y afinidad que unía a un hombre y una mujer sin convencionalismos sociales ni autorización alguna de las leyes ni de las religiones, hasta que ambos lo creyeseen conveniente. El amor podía durar toda la vida o podía acabarse en poco tiempo. Cuando se evaporaba, con la misma sencillez que se había efectuado la unión, debía disolverse. Sin embargo, Roda rechazaba de plano el amor plural. Habló de la experimentación amorosa como degenerada, desviada y patológica. No se imaginaba nada más que una unión monógama:

Lo que yo no puedo comprender es cómo algunos admiten que el amor es el acto material y llaman amor solo a la sensación de una hora, de un día, del encuentro de dos sexos y se acabó, por ir picando en el cáliz de otras flores. Por este camino de exageraciones y aberraciones (...) se ha puesto a la mujer en una condición degradante, justificándose cualquier acto que se cometa, por inmoral que éste sea. No quiero hacerme la moralista ni valerme de puritanismos, pero ¿qué tiene que ver el amor con estos hechos a veces repugnantes?³⁷

Su compañero, Esteve, escribía por su parte:

No hay quien admita que la persona que uno ama pueda tener relaciones sexuales con otro. No hay mayor separadora de almas que la infidelidad. [...] La unión conyugal no debe ser una sociedad en comandita. [...] El amor que todos sentimos sin saber por qué ni cómo; éste llamadlo como queráis, sentimiento, atracción, magnetismo, que nos hace ambicionar la posesión completa del otro ser, ¡fíjaos bien!, posesión completa, moral y material, que nos hace sufrir si notamos una tenue desviación, es lo único que puede mantener la unión conyugal. Su único lazo formidable es el amor.³⁸

siguiente, en septiembre, nació la tercera hija: Sensitiva. En 1902, Sirio, que murió al poco de nacer y cuyo nombre pusieron en 1903 al siguiente vástago, como era costumbre; el 11 de abril de 1904 nació Iris; en 1906, Flora, y aquel año murió Pedro. Al hijo que nació en Tampa en 1907, sus padres le pusieron el mismo nombre –Pedro– que el del hijo muerto. Hacia 1914 nació Céfiro y en 1919 Helios. Eligieron nombres de la naturaleza, de la mitología griega, eludiendo cualquiera que fuese bíblico o cristiano.

³⁶ Pedro Esteve, *Socialismo Anarquista*, Imprenta El Despertar, Paterson, 1902.

³⁷ María R. Esteve, “Sobre el Amor Libre. A mi hija Iris”, *Cultura Obrera*, 26 de febrero de 1927, p. 1.

³⁸ Lirio Rojo, “La unión conyugal”, *Cultura Obrera*, 20 de enero de 1923, p. 2.

Toda persona querida debe ser para uno, para nadie más. Toda transgresión de este principio es un sufrimiento, una ofensa, un quebrantamiento del fenómeno amoroso. Para justificar ciertos procederes, queriendo contrarrestar esta opinión, se afirma que una persona puede amar a varias al mismo tiempo. Es cierto. Lo que no admite el amor no es que uno no pueda amar a otros, sino que otros amen al ser por uno amado. [...] Yo tengo la libertad de amar a todas las mujeres [...] pero esta libertad la tienen también las mujeres, todas, sin excluir la *mía*, esto es, mi preferida; ellas pueden amar igualmente a todos los hombres y entonces, joh!, entonces, admitiendo esta libertad, ¡adiós amor! Ya no puedo querer más, pues el ser querido ama a otros. No hay quien admita que la persona amada, pueda amar a otro. Más que una ofensa y un insulto, es una atroz humillación. En todo *management a trois* hay una víctima. En los harenés lo son todas cuantas no son la favorita. No barbaricemos por hacernos los revolucionarios. Seamos siempre frances, sinceros ¿Quién puede soportar que el ser amado encuentre mayores satisfacciones en otro y que por él lo relegue, aunque sea solo a momentos? ¿Quién puede ver o saber sin pesadumbre, sin grandes sufrimientos, que la persona querida está susurrando dulces palabras a otra, que se besan, que se solazan, que se funden en un espasmo sublime sus mentes y sus cuerpos? Nadie que se quiera a sí mismo. Es la declaración fehaciente de que no es más el ser preferido, que se ha esfumado el amor que por él sentía la persona por él amada. [...] Se podrá dejar de amar a una persona para amar a otra; pero a esta se le exigirá siempre lo que a la primera: la fidelidad, exigencia que solo puede hacerse comprometiéndose a ser fiel también. Esta exigencia y compromiso no hay necesidad de pedirlos, ni de pactarlos, ni mucho menos de imponerlos. Son tácitos. El decir “te amo” equivale a te pertenezco. La unión amorosa es como un desdoblamiento mutuo. El amor es exclusivista en todas sus manifestaciones.³⁹

Y diez años antes, había afirmado:

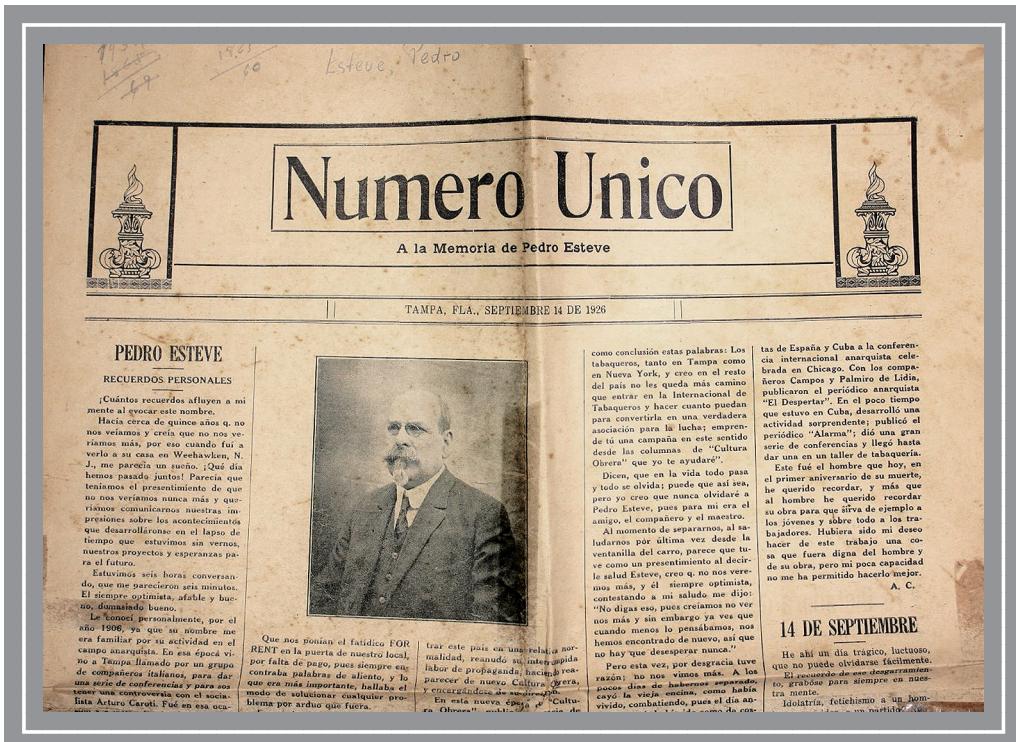
Amar es querer poseer, no solo el alma (permítaseme la palabra), si que también el cuerpo de la persona escogida. Y poseerla completa, absolutamente, sin restricción alguna, exclusivamente. [...] El amor en comandita o el *ménage a trois*, como dicen los franceses, es inaceptable [...] La promiscuidad es negación de la individualidad, hállase solo entre los primitivos, los míseros o los degenerados. [...] La relación sexual sin amor lleva fatalmente al vicio, cuyas secuelas son la lascivia y la obscenidad. [...] El hombre está siempre dispuesto a la cópula, hasta sin amar, no porque su organismo la reclame, sino por ser su mayor galardón ser un excelente toro; mientras que la mujer, aun amando, sofoca con cierta facilidad los gritos de la carne porque le honra ser cándida y fiel cual la paloma.⁴⁰

La liberación sexual no fue un tema central en las principales corrientes del pensamiento anarquista de la época. Kropotkin afirmó que las publicaciones anarquistas no debían malgastar tiempo y espacio en debatir sobre asuntos personales como el amor y la sexualidad, cuando había otros problemas de una relevancia mucho mayor para el movimiento. En Estados Unidos, solo algunos libertarios individualistas prestaron atención a la reforma sexual y al control de la natalidad. Casos como el de Emma Goldman, que sí se interesó vivamente por la libertad sexual e hizo de la difusión de los métodos anticonceptivos una de sus principales luchas, son excepcionales. A pesar de que era anarco-comunista y consideraba a Kropotkin como su maestro y mentor, le rebatió su afirmación de que la cuestión sexual no era importante:

Vale, querido camarada, –le escribió– cuando haya alcanzado tu edad (ella tenía entonces treinta y él cincuenta y siete), quizás la cuestión sexual ya no sea importante para mí. Pero lo es ahora, y es un factor fundamental en la vida de miles, incluso de millones, de jóvenes.

³⁹ “El amor”, *Cultura Obrera*, 3 de enero de 1925, pp. 1, 4.

⁴⁰ Lirio Rojo, “Sobre Amor Libre”, *Cultura Obrera*, 20 de marzo de 1915, p. 1.



Goldman defendió firmemente la libertad de todo ser humano para decidir su opción sexual y para experimentar el sexo de la manera que desease. Fue muy activa en la lucha contra una moral sexual puritana que consideraba totalmente hipócrita.

TRASLADO A TAMPA Y LUEGO A NUEVA YORK

En 1906 Esteve y Roda se trasladaron a Tampa, Florida, que había desplazado a Nueva York como centro de elaboración del tabaco habano y donde los anarquistas compraron a Esteve una imprenta, *La Poliglota*. Esteve fue en Tampa, como antes en Paterson, el enlace o nexo entre la comunidad española e italiana. Desde el principio, la familia sufrió persecución. María recordaba que, en el traslado, además de los muebles, mandaron un cajón grande repleto de los folletos, periódicos y libros de Esteve. Pasaba el tiempo y los enseres no llegaban, hasta que al fin un día un camión —que ni siquiera cobró el porte— llegó muy deprisa, sus empleados descargaron precipitadamente los muebles y se fueron corriendo. Todo estaba roto, hecho pedazos. Saltaba a la vista que los destrozos se habían hecho intencionadamente. Las colecciones de folletos de gran valor intelectual y cartas íntimas de muchos camaradas habían desaparecido, sin que nunca llegase a saberse ni dónde ni cómo. María relató que aquella pérdida afectó mucho a Esteve porque eran recuerdos de amistades y luchas, pero su temple de acero no se doblegó por ello.

En Tampa ocurrió una gran tragedia para la pareja: la muerte del segundo de sus hijos, Pedro, a los diez años. La imprevista y brutal noticia se publicó en *La Questione Sociale*.

común conclusión estas palabras: Los tabaceros, tanto en Tampa como en Nueva York, y creó en el resto del país los que se organizaron para que se creara la Federación Internacional de Tabaceros y sobre cuanto puedan para convertirla en una verdadera asociación para la lucha empresarial de tu compañía en este sentido desde el colmado de cultura Oliver? que yo te ayudare".

Dicen, que en la vida todo pasa, y todo se olvida; puede que así sea, pero yo creo que nunca pasó lo que Pedro me dijo, porque en mi era el amigo, el compañero y el maestro.

Al momento de separarnos, al saludarlos por última vez desde la ventanilla del carro, pidiendo que se devolviera el presentamiento al decirle como despedimiento al doctor Esteve, le dije q. no nos veríamos más, y él siempre optimista, contestando a mi saludó me dijo: "No digas eso, puedes volver a vernos, sin embargo, ya ves que cuando murió lo pensábamos, nos hemos encontrado de nuevo, así que no hay que desesperar nunca".

Pero esta vez, como despedida llevé razón: no nos vimos más. A los pocos días de haberse separado cayó la vieja encina, como había vivido, combatiendo, pues el día anterior a su muerte, cuando se cortó.

tas de España y Cuba a la conferencia internacional anarquista celebrada en Copenhague. Con los españoles, Gómez y Palmito de Lida, publicaron el periódico anarquista "El Despertar". En el poco tiempo que estuve en Cuba, desarrollé una actividad sindical y social, fundé el periódico "Alarma", dije una gran serie de conferencias y llegó hasta dar una en un taller de tabaceros.

Era un hombre que llevó en el primer aniversario de su muerte, el querido recordar, y más que al hombre he querido recordar su obra para la difusión de ideas a los jóvenes y a todos en los trabajos. Hubiera sido mi deseo hacer de este trabajo una cosa que fuera digna del hombre y de su obra, pero mi poca capacidad no me ha permitido hacerlo mejor.

A. C.

14 DE SEPTIEMBRE

He ahí un día trágico, lamentable, que no puedo olvidar fácilmente, que nos vino de repente, arrancándonos a grandes para siempre en nuestra mente.

Idiotría, fetichismo a un hom-

ciale de Paterson: el niño había querido encender él solo una estufa vertiendo petróleo sobre ella. Se oyó una detonación y su madre, que acudió al fatal lugar rauda como un rayo, lo encontró envuelto en llamas. Las apagó casi instantáneamente. Los médicos prodigaron al pequeño todas las curas posibles..., pero fue inútil, las quemaduras eran mortales. Se habló más tarde de que quizás se había tratado de un atentado contra Esteve.⁴¹ Aún en 1929 María sostenía que lo acaecido le parecía incomprensible:

Este hecho que voy a relatar ocurrió como un misterio; nunca se aclaró, quedando en la oscuridad de lo inexplicable. Una tarde el primero de septiembre de 1907, a la vuelta del trabajo, Esteve se encontró que su hijito, al que tanto quería, había resultado quemado por la explosión de una lata de un galón de petróleo, que se comprobó que estaba vacía.

Al día siguiente, el niño falleció. María recordaba que a Esteve se le formó una profunda arruga en la frente y exclamó:

¡Ah!, es por este lado por el que me quieren herir. En mis hijos depositan su odio y esperan que con esto abandone yo el país. ¡Pues no! ¡No lo lograrán! ¡Quiero mucho a mi familia, mas yo sé que hay una familia mucho más grande que a todas horas violan y mutilan, y torturan y matan! Yo seguiré en mi puesto.

Este drama, y la sospecha de que hubiera podido tratarse de un atentado dirigido contra su persona, no detuvo a Esteve. Su casa fue, una vez más, lugar de encuentro de todos los compañeros sin distinción de lenguas o colores. Los caseros no querían seguir alquilándoles porque iban con frecuencia negros de oficios humildes a quienes Pedro y María admitían como a iguales. Precisamente –recodaba María– entre los compañeros de color encontraron a hombres de mente y corazón muy elevados.

En Tampa había una comunidad de obreros cubanos, españoles e italianos que, a ojos del grupo social hegemónico nativo-norteamericano, eran más morenos y “oscuros” que blancos. Su respuesta ante los conflictos laborales fue imponer un drástico método de represión extralegal, genuino de Estados Unidos, llamado “vigilantismo”, consistente en constituir Comités de ciudadanos vigilantes, a los que recurrían los patronos de las fábricas que ejercieron una violencia que incluyó el linchamiento de líderes sindicales, sobre todo anarquistas.⁴² María recordaba que un día volvió Esteve del trabajo muy pensativo y triste pues el Comité de ciudadanos impuso al dueño de la tipografía donde trabajaba que le despidiera:

Regresaba al hogar sin saber dónde encontraría al día siguiente el pan para sus hijos. Esta vil acción tampoco le hizo retroceder. “Lucharemos lo mejor que podamos”, le dijo, con una sonrisa en él característica, pero sus ojos inundados de lágrimas manifestaban sus hondas penas.⁴³

A pesar de los días de desaliento, y los embargos por falta de pago del alquiler del centro obrero por las dificultades para atraer a los obreros al anarquismo, Esteve nunca se daba por vencido ni se quedaba quieto:

⁴¹ Véase a Paul Avrich, *Anarchist Voices*, pp. 143, 210-212, 393.

⁴² Robert Ingalls, “General Joseph P. Wall & Lynch Law in Tampa”, *The Florida Historical Quarterly*, 63: 1 (1984), pp. 51-70; *Urban Vigilantes in the New South. Tampa, 1882-1936*, University of Tennessee Press, Knoxville, 1988. Miguel Carbó, “Resistencia de los obreros del tabaco en Tampa, 1886-1921. Anarquistas y sindicalistas españoles frente al vigilantismo”, en Pilar García Jordán y Miquel Izard (coords.), *Conquista y resistencia en la historia de América*, Universitat de Barcelona, Barcelona, 1991, p. 240.

⁴³ María Esteve, “Páginas Selectas: Pedro Esteve”, *Cultura Proletaria*, 14 de septiembre de 1929.

El Maestro luchaba siempre con la misma fe y entusiasmo, sembrando y divulgando las ideas de emancipación humana. Que nos ponían el fatídico FOR RENT en la puerta de nuestro local por falta de pago, pues siempre encontraba una palabra de aliento y, lo que era más importante, siempre hablaba el modo de solucionar cualquier problema, por arduo que fuera.⁴⁴

Durante la huelga de tabaqueros de Tampa de 1910, conocida como la huelga de los Siete meses, el Comité de Ciudadanos linchó a dos huelguistas. Avisado de que le buscaban para ahorrarle, Esteve se afeitó la barba y el bigote y se escondió en casa de un amigo socialista. Disfrazado, los compañeros lo llevaron de noche al tren y lo enviaron a Nueva York. Los “vigilantes” entraron en su imprenta, donde había estado publicando *El Internacional* (que siguió publicando clandestinamente a pesar de haber sido prohibido). Al no encontrarle, uno de ellos se vengó dándole un tajo con su puñal a la correa de una de las linotipias.⁴⁵

El bullicioso puerto de Nueva York era entonces un hervidero de fornidos estibadores de carga y descarga de mercancías⁴⁶ y de trabajadores del mar que se empleaban en los barcos como fogoneros, paleros o engrasadores. Eran labores muy duras, “que ni los negros querían”.⁴⁷ Muchos españoles se ocuparon en Estados Unidos de estas actividades marítimas. Bastantes ya se dedicaban en España a estos oficios relacionados con la navegación. Les llamaban la “cuadrilla negra” (“black gang”) porque trabajaban en los hornos y las máquinas de los vapores por lo que tenían siempre la cara manchada de polvo de carbón, petróleo y grasa.

En 1910 se integraron en la *Unión de Fogoneros, Cabos y Engrasadores del Atlántico*, uno de cuyos objetivos fue proporcionar la tripulación a los barcos en vez de que lo hicieran los agentes contratados por las compañías navieras. Lo lograron durante un corto periodo de tiempo al ganar una importante huelga en 1911.⁴⁸ En ese contexto comenzó a publicarse un periódico anarquista dirigido fundamentalmente a los marineros de habla hispana llamado *Cultura Proletaria*. Cuando Pedro Esteve volvió a Nueva York la publicación, bajo su dirección, pasó a llamarse, desde noviembre de 1911, *Cultura Obrera*. Esteve no solo escribía artículos y columnas (a veces con el seudónimo de Lirio Rojo), sino que lo acompañaba y hacía otras muchas tareas administrativas.⁴⁹ Y por supuesto, alentaba huelgas, como la de los marineros españoles de Nueva York en el verano de 1912, ayudado por su hija mayor, de diecisiete años, que había sido contratada como secretaria del sindicato.⁵⁰ En una entrevista, el periodista, como era habitual al tratarse de una mujer, describía con detalle sus rasgos físicos. Era una belleza morena española, menuda y delicada, dotada de un encanto extraordinario; su pelo era de color negro azabache, tenía unos preciosos ojos castaños y una sonrisa cautivadora. Era una bella joven “de tipo catalán”, aunque había nacido en Brooklyn y no conocía España, ni había salido nunca de Estados Unidos. Hacía unos meses que había llegado con su familia a Nueva York desde Tampa, donde había estudiado varios cursos de taquigrafía y estenografía. Hablaba un inglés perfecto. De hecho, dominaba esa lengua mejor que el español.⁵¹

⁴⁴ “Breve biografía de Pedro Esteve”, *Cultura Proletaria*, 10 de septiembre de 1927.

⁴⁵ Testimonio de Sirio Esteve, en Paul Avrich, *Anarchist Voices*, p. 599. Véase también, *The Tampa Tribune*, 19 de julio de 1912, p. 16, y Joan Casanovas Codina, “Pedro Esteve. A Catalan Anarchist in the United States”, *Catalan Review*, 5: 1 (1991), pp. 57-77.

⁴⁶ Bieito Alonso Fernández, *Obreiros alén mar. Mariñeiros, fogoneiros e anarquistas galegos en New York*, A Nosa Terra, Vigo, 2006; “Migración y sindicalismo. Marineros y anarquistas españoles en Nueva York (1902-1930)”, *Historia Social*, 54 (2006), pp. 113-135.

⁴⁷ J. Solá Mestre, “Los gallegos en Nueva York”, *Vida Gallega*, 57 (1914), citado por Bieito Alonso Fernández: *Obreiros alén mar*, p. 24.

⁴⁸ Arnaldo Sopelana, *Lo que yo he visto en Norte-América*, Sucesor de Miguel y Cía., Manresa, 1922, p. 35.

⁴⁹ Testimonio de Marcelino García, en Paul Avrich, *Anarchist Voices*, p. 597.

⁵⁰ *The Tampa Times*, 18 de julio de 1912, p. 2.

⁵¹ *The Tampa Tribune*, 18 de julio de 1912, p. 16.



DESCONSUELO ANTE LA MUERTE IMPREVISTA DE ESTEVE Y DERIVA MÍSTICA

El domingo 13 de septiembre de 1925, los redactores de *Cultura obrera* organizaron una de sus habituales excursiones campestres a la vera de un río, lejos del aire contaminado y del espacio denso y poco saludable de la ciudad. En el periódico se anunciaba la forma de llegar en transporte público. Reunidos por grupos familiares o de afinidad, comían y se divertían. Se programaban juegos para los niños, como rifas o cantos, y se recaudaban fondos para el periódico. Al atardecer, se congregaban todos para oír las palabras alentadoras de distintos camaradas. Aquel *picnic* en los bosques de Englewood (N. J.) fue uno de los más alegres que habían celebrado aquel verano. Había comida abundante, músicos, baile y otras diversiones para celebrar la fiesta libertaria en alegre camaradería. Esteve comió, bebió y charló con todos. Estuvo todo el día alegre y jovial. Cuando ya anochecía y se disponían a regresar a la ciudad, repentinamente se sintió mal y cada vez peor. Los compañeros italianos brindaron un automóvil para trasladarle, a él y a su compañera, a su modesta casa de Weehawken, New Jersey. El médico italiano amigo de la familia, después de un ligero examen, dijo “*e’ il cuore*”. María Roda no iba a poder olvidar nunca la amargura que se dibujó en el semblante de Pedro. Era tan bueno –recordaba María– que cuando estaba agonizando se preocupaba de que ella no hubiera dormido por atenderle. A la una de la tarde del día 14 de septiembre, el corazón de Esteve dejó de latir a causa de un aneurisma.

El maestro de toda una generación había muerto a la edad de cincuenta y nueve años cuando aún era un hombre ágil y fuerte. Todos le llamaban cariñosamente “nuestro viejo”. Su cuerpo fue incinerado –un rito común entre los anarquistas– en el crematorio de Queens

(Nueva York).⁵² En los artículos necrológicos, sus compañeros señalaban que había sido la figura más destacada entre los anarquistas españoles de Estados Unidos y una gran influencia moral. “Era un hombre culto que sabía hablar con palabras sencillas. Poseía un porte serio, sereno y digno. Los catalanes son gente muy sosegada. Pero tenía sentido del humor”.⁵³ Destacaban, no solo su valor intelectual sino su valía humana: bondadoso y paternal, siempre afable y bueno, demasiado bueno. Se comentaba como algo inusual que “en toda su vida había sido capaz de pegar o tocar lo más mínimo a ninguno de sus hijos”. En su casa conversaba durante horas con todo aquel que se acercaba a verle. Se reconocía su generosidad, solidaridad, comprensión hacia las opiniones ajenas, ausencia de rencor...⁵⁴ También se recalca su optimismo y su energía para iniciativas arriesgadas y difíciles. Serenidad, optimismo, tenacidad, dominio de sí mismo, integridad, eran las virtudes más mencionadas al recordarle. También su temperamento conciliador. Se le llamaba “el padre espiritual de una generación”.

María quedó hundida. Decía que había perdido a su gran amor, a su maestro, al padre de sus pobres hijos... Él había iluminado su vida, con él había aprendido a luchar y a amar. Al cumplirse un año, publicaba un sentido recuerdo afirmando que su dolor era tan intenso y profundo como el primer día. Recordaba que se habían unido libremente y se habían amado con intensidad.⁵⁵ A los tres años, seguía diciendo que vivía desconsolada. Sin embargo, Esteve vivía en ella, nunca se le borrarían sus consejos y sus sabias enseñanzas.⁵⁶ Aún al cumplirse cinco años de la muerte de Esteve, María seguía recordando en el periódico aquella fecha, dolorosísima para ella.⁵⁷

A pesar de que María afirmó que educaría a sus hijos en el anarquismo, “para que fueren dignos de los ideales que Esteve tanto había amado, ofreciéndoles una enseñanza racionalista, libre del látigo, la palmeta y los castigos, enseñándoles a sacar conclusiones de sus propias experiencias, a respetarse a sí mismos y a sus semejantes, porque ellos representaban la esperanza de la humanidad”, ninguno fue anarquista, exceptuando quizás a Sirio.⁵⁸

Según Sirio, en la madurez su madre se decantó por un anarquismo stirneriano⁵⁹ y luego por un anarquismo místico hasta acabar inclinándose hacia los rosacrucianos. Los anarquistas eran por lo general ateos, contrarios a toda religión por creer que se situaba siempre del lado de las clases privilegiadas. A pesar de la falta de fe, hubo en muchos anarquistas una

⁵² “Biografía breve de Pedro Esteve”, *Cultura Proletaria*, 10 de septiembre de 1927.

⁵³ Paul Avrich, *Anarchist Voices*, entrevista a Marcelino García, en diciembre de 1971.

⁵⁴ S. Espí, “Un recuerdo”, *Cultura Proletaria*, 10 de septiembre de 1927, p. 2.

⁵⁵ María R. Esteve, “En memoria de Pedro Esteve”, *Cultura Obrera*, 11 de septiembre de 1926, pp. 2-3.

⁵⁶ María R. Esteve, “A la memoria de Pedro Esteve”, *Cultura Proletaria*, 8 de septiembre de 1928, p. 2.

⁵⁷ María R. Esteve, “Páginas Selectas: Pedro Esteve”, *Cultura Proletaria*, 14 de septiembre de 1929; “Recordando, 14 de septiembre, 1925-1930”, *Cultura Proletaria*, 13 de septiembre de 1930, p. 2.

⁵⁸ Sirio Esteve fue entrevistado por el historiador Paul Avrich en marzo de 1973, unos meses antes de su muerte, en su casa de New Jersey. Estaba jubilado, había sido durante veintietaños profesor de música en Weehawken, el mismo pueblo donde vivió con sus padres y donde su padre murió. Se casó con la hija de un anarquista italiano de Sudamérica. Era el único de los hijos que se consideraba anarquista, si bien con una vena espiritual, como su madre, y estaba a punto de publicar *La experiencia de Jesús*. Debió de cambiar el título ya que el que aparece como publicado en Nueva York en enero de 1974 se titula *The Experience. The Celebration of Being*.

⁵⁹ El filósofo y educador alemán Max Stirner (1806-1856) –seudónimo de Johann Kaspar Schmidt– publicó en 1844 *El único y su propiedad*, que tuvo gran eco y sentó las bases del anarquismo individualista, centrado en el individuo, quien debía asumir su egoísmo esencial para ser feliz. Todo lo que fuese ajeno al individuo (el Estado, la burocracia y la religión) constituía una coacción para su realización plena. La libertad era la fuerza vital absoluta, y el individuo que la experimentaba, el verdadero centro del mundo y de toda experiencia. No había ningún ser superior al hombre mismo. Por ello, toda institución burguesa, tanto política como religiosa, debía ser aniquilada. Pero la afirmación de la identidad individual no suponía aislamiento, sino que apostaba por la sensualidad, los afectos y la unión con otros egoístas.

espiritualidad profunda, despertada a veces por la visión de la Naturaleza. No fue raro el tránsito de la conciencia revolucionaria a la conciencia mística. Ambas se situaban lejos de cualquier ortodoxia, dentro de un inconformismo y rebelión contra lo existente, evocando un porvenir distinto, apuntando hacia lo utópico o trascendente. El optimismo del revolucionario era parecido al del místico, creían que algún día llegaría la emancipación humana. María Roda, como tantos revolucionarios de su época, tenía expectativas liberadoras, creía en un porvenir en que el bien habría triunfado sobre el mal.

CONCLUSIONES

La intersección entre los estudios sobre emigración, los estudios anarquistas y los estudios de género tiene un gran potencial para la investigación histórica. La figura que presento aquí ofrece la posibilidad, además, de hacer hincapié en el carácter transnacional del movimiento anarquista ya que María Roda se movió entre distintos países de Europa y América. Se trata de una mujer italiana que comenzó su militancia en Italia, la continuó en Francia, y luego dio el salto trasatlántico a Estados Unidos donde fue pareja de vida de un anarquista español, por lo que se relacionó con anarquistas de muy diferentes lugares, un rasgo, por lo demás, bastante común de los militantes anarquistas.

En las últimas décadas, el modo en que se entiende la biografía en el trabajo histórico se ha renovado profundamente. Se aborda como un instrumento analítico, una más de las herramientas de las que dispone el historiador, que anima a pensar de forma intensa las relaciones entre lo individual y lo colectivo, entre lo particular y lo general. Considero la biografía una perspectiva de análisis histórico de pleno derecho, si se lleva a cabo una contextualización profunda del personaje estudiado. Según los parámetros de la nueva historia biográfica, cualquier sujeto es susceptible de ser historiado ya que, desde el marco de una vida concreta se pueden analizar problemas históricos generales. De hecho, el enfoque biográfico ofrece una capacidad singular para “la descripción densa” de una época, de una cultura, que pueden ser comprendidas mejor a través del observatorio que proporciona una vida personal. La biografía es una buena manera de conectar los niveles micro y macro, de aproximarse a la microhistoria con una mirada macrohistórica. Creo que el estudio de una trayectoria vital es una buena manera de abordar problemas históricos sustanciales e iluminarlos con otra luz.

El interés de María Roda reside en que se trata de una figura poco conocida que llevó a cabo una lucha feminista dentro de un movimiento como el anarquista que, al igual que el movimiento obrero, estuvo dominado por hombres a pesar de estar basado en los principios de emancipación e igualdad. La concepción de la lucha era masculina. El lenguaje también lo era. Muchos anarquistas, en sus discursos y escritos, se contagieron del lenguaje sexista que enfatizaba la masculinidad utilizando expresiones sexuales y de virilidad para animar a los camaradas. La virilidad era siempre sinónimo de vitalidad, energía y decisión.

Los hombres “de ideas avanzadas” no practicaron muchas veces lo que predicaron. Su conducta contradijo en ocasiones sus creencias. Tenían un compromiso absoluto con las ideas de libertad, en contra de toda explotación, desigualdad, jerarquía, etc., pero eran autoritarios, controladores y dominadores con sus compañeras. Incluso en el tema de si la mujer debía incorporarse al trabajo asalariado en igualdad de condiciones con el hombre, hubo cierta ambivalencia dentro del movimiento libertario, no todos creían que debía ser así y, en todo caso, se pensaba que el hombre tenía más derecho que la mujer a desempeñar un puesto de trabajo. Rara vez se aceptó que el hombre tuviera que contribuir al trabajo en el hogar. Las mujeres que trabajaban fuera, en las fábricas, se ocupaban también de todos los quehaceres

domésticos. La idea socialmente imperante era que el trabajo doméstico era incompatible con la dignidad masculina y que solo incumbía a la mujer.

Los anarquistas creían que la revolución traería consigo la emancipación de todos los seres humanos, por lo que no fue habitual proponer medios concretos para que la mujer se emancipase. Pocos se daban cuenta o insistían en la idea de que el cambio de las estructuras sociales y económicas no tenía por qué implicar necesariamente un cambio en las actitudes y prejuicios en las relaciones entre los sexos. Los anarquistas no fueron ajenos al discurso patriarcal dominante. Temas como la fertilidad de la mujer y la masculinidad del hombre estaban demasiado arraigados en las conciencias, así como el discurso de la domesticidad y de la maternidad como principales tareas de la mujer. La familia –pareja e hijos– era la fórmula “normal” de convivencia.

He tratado de glosar aquí la vida de una obrera anarquista de entresiglos que hizo oír su voz a favor de la emancipación femenina y el amor libre y en contra del matrimonio y la moral sexual burguesa. El feminismo de Roda no se entiende sin ponerlo en relación con el de otras mujeres anarquistas de su época con las que se relacionó, como la ruso-judía Emma Goldman.

Una tejedora italiana de Paterson (New Jersey): el anarcofeminismo de María Roda

An italian weaver from Paterson (New Jersey): the anarchofeminism of María Roda

SUSANA SUEIRO SEOANE

Universidad Nacional de Educación a Distancia

Resumen

Este artículo rescata la trayectoria y evolución de María Roda, una mujer anarquista que tuvo un papel relevante en la difusión de las ideas de emancipación femenina. La historia de lucha de Roda contra el poder constituido comenzó de niña en Italia, su país de origen, muy influida por su padre, que la educó en un ambiente intensamente anarquista. Al llegar, aún muy joven, a Estados Unidos con una activa militancia anarquista ya a sus espaldas, inmediatamente destacó por su carisma y su gran poder de atracción como oradora. Poco después, conoció al anarquista catalán Pedro Esteve que se convirtió en su pareja de por vida. Esteve sirvió de acicate para dar voz a Roda en los medios anarquistas y reivindicar su credo anarco-feminista. Sin embargo, su consagración a la maternidad (diez partos) y al hogar la apartaron de la esfera pública, si bien conservó su ideario anarquista hasta el final de su vida.

Palabras clave: María Roda, anarquismo, emancipación femenina, Italia, Estados Unidos, Pedro Esteve.

Abstract

This article rescues the trajectory and evolution of Maria Roda, an anarchist woman who played a relevant role in the dissemination of the ideas of female emancipation. The history of Roda's struggle against the constituted power began as a child in Italy, her country of origin, strongly influenced by her father, who educated her in an intensely anarchist environment. Arriving, still very young, in the United States with an active anarchist militancy already behind her, she immediately stood out for her charisma and her great power of attraction as a speaker. Shortly thereafter, she met the Catalan anarchist Pedro Esteve, who became her life partner. Esteve served as a spur to give Roda a voice in anarchist circles and to vindicate her anarcho-feminist creed. However, her dedication to motherhood (ten childbirths) and to the home kept her away from the public sphere, although she kept her anarchist ideology until the end of her life.

Keywords: María Roda, anarchism, women's emancipation, Italy, United States, Pedro Esteve.

Susana Sueiro Seoane

Catedrática de Historia Contemporánea en la Universidad Nacional de Educación a Distancia (UNED). Su investigación se centra en las redes internacionales del anarquismo en el tránsito del siglo XIX al XX, y en los aspectos culturales y de socialización de los obreros inmigrantes que se establecieron en países de América Latina y EE UU. Entre sus últimas publicaciones cabe mencionar: “Una puertorriqueña transnacional: Luisa Capetillo, anarquista y espiritista (1879-1922)” (en Adriana A. de Figueiredo Fiúza y Gabriela de Lima Grecco, eds., *Escrivuras de autoría femenina e identidades iberoamericanas*, 2020); “Una biblioteca imaginada. Los libros que conformaron la conciencia ácrata en el periodo ‘glorioso’ del anarquismo (1880-1910)”, (en Carmen de la Guardia, Florencia Peyrou y Pilar Toboso, eds., *Escribir identidades. Diálogos entre historia y literatura*, 2020); y “Racismo en la ‘república modelo’. Obreros latinos

en Estados Unidos (1890-1930)”, *Alcores* (25, 2021). Es Investigadora Principal del Grupo de Investigación de Historia del Anarquismo Transnacional (GIHAT), en la UNED, y miembro del Proyecto de investigación “Identidades en movimiento. Flujos, circulación y transformaciones culturales en el espacio atlántico (Siglos XIX y XX)”. IP’S: Pilar Toboso y Carmen de la Guardia (UAM).

Cómo citar este artículo:

Susana Sueiro Seoane, “Una tejedora italiana de Paterson (New Jersey): el anarcofeminismo de María Roda”, *Historia Social*, núm. 106, 2023, pp. 163-184.

Susana Sueiro Seoane, “Una tejedora italiana de Paterson (New Jersey): el anarcofeminismo de María Roda”, *Historia Social*, 106 (2023), pp. 163-184.